

Quo Vadis, formación universitaria

por Francisco ESTEBAN BARA

Universidad de Barcelona

1. Introducción

La universidad forma parte de ese elenco de ideas que ha participado en la construcción de Occidente, es un *proprium* de nuestra realidad. Desde la Alta Edad Media [1], también llamado Renacimiento del siglo XII, hasta nuestros días, la universidad nunca ha dejado de estar presente. En unas épocas con mayor intensidad que en otras, en unos lugares de una forma diferente a otros, la universidad ha sido, y es, juez y parte de nuestro devenir histórico.

El actual escenario económico, político y social, sitúa a la universidad en una posición de protagonismo indiscutible: que la universidad debe mejorar sus políticas de financiación porque no puede seguir siendo una institución que se limita a recibir recursos, usualmente a fondo perdido, por parte de la administración competente y otras organizaciones empresariales [2]; que debe dejar de lado su carácter endogámico y con-

vertirse en una de las piezas clave para construir una sociedad más justa y equitativa; que debe llevar a cabo una investigación más eficaz y eficiente, etc. [3], son demandas actuales, publicitadas y altamente compartidas que corroboran su protagonismo. Respecto a la formación universitaria, que es la cara de la poliédrica realidad académica en la que nos queremos centrar, la institución universitaria acumula una serie de demandas que venimos arrastrando desde la modernidad, si no antes, y que se podrían englobar en un mismo enunciado, a saber: la universidad debe reconstruir su formación con el fin de ofrecer a la sociedad excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos. Recién iniciado el siglo XXI, ya tenemos una respuesta a tanta demanda: El Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) [4].

La reformulación o reconstrucción de algo conlleva, lógicamente, el conocimien-

to de ese algo; así pues, el planteamiento de una nueva universidad implica poder dar respuesta a cuestiones como: ¿qué es en verdad la universidad?, ¿qué rasgos la definen y la diferencian de otras instituciones que pudieran confundirse con ella?, o, ¿son realmente universidades todas aquellas instituciones que están constituidas como tales?; en definitiva, ¿qué sentido tiene que un grupo de maestros y estudiantes se reúnan para vérselas con eso que llamamos conocimiento de orden superior? Lejos de lo que pueda parecer, tanto la modernidad, como el nihilismo posmoderno y la realidad líquida en la que ahora nos encontramos [5], además de la excesiva burocratización del quehacer académico contemporáneo, han propiciado la búsqueda de respuestas a este tipo de cuestiones. Los importantes cambios sociales, culturales, económicos y políticos que se han producido durante los últimos años han incitado a la reflexión sobre la misión, la naturaleza y la esencia de la universidad [6].

La fortaleza de una nueva propuesta de formación universitaria, como es la que se incluye en el EEES, debe residir en un arduo proceso de reflexión [7], o si se prefiere, en una serie de principios sustanciales y radicales que robustezcan el sentido de optar por un tipo de formación antes que por otro; no debe residir en la mera y gratuita sustitución de una cosa por otra, por aquello de lavar la cara a la formación universitaria de siempre. Por ejemplo: no es un error defender que la universidad del futuro debe acoplarse al nuevo orden profesional, y que por lo tanto, debe atender a las nuevas demandas formativas que las organizaciones

empresariales generan, siempre y cuando dicha defensa esté sustentada por razonados argumentos que permitan afirmar que, efectivamente, la adaptación a la realidad profesional es una de las características de la idea de universidad; o viceversa, no es una temeridad defender que la universidad debe mantenerse firme y no hincar la rodilla ante determinadas demandas de formación profesional, y todo sea dicho ante la extinción de otras, si detrás de dicha defensa hay un argumentación sólida que defienda que la universidad tiene una misión que acometer en la que no caben determinados encargos, misión a la que ni puede ni debe renunciar aunque la realidad actual no sea capaz de valorarla como tal. Si no es así, cualquier propuesta sobre formación universitaria corre el peligro de verse desenmascarada más pronto que tarde, pues habrá sido formulada principalmente para defender y consolidar una posición sociopolítica y económica concreta.

La universidad es contingente como cualquier cosa natural y producto cultural, pero esto no niega que también sea una institución caracterizada por una serie de esencias o rasgos inmutables y valores trascendentes que sólo son captados mediante la inteligencia. La universidad, y la formación que ésta ofrece, no es sólo algo propio de un tiempo y un espacio, no es sólo un producto de una realidad concreta como defendería una posición existencialista o vitalista, es decir, no se construye desde la nada. Si así fuera, habría tantas formaciones como instituciones universitarias existen, y no una formación universitaria en general; habría academias creadas de acuerdo a

determinadas situaciones sin que tuvieran por qué existir rasgos comunes entre ellas. Cada institución universitaria sería un ser en sí, que como diría Sartre, ha sido creada porque sí, sin finalidad ni razón de ser que la supere a ella misma. En definitiva, cada agrupación de maestros y estudiantes elegirían su propio fin, apostarían por su propio quehacer formativo, y no podríamos hablar de universidad en singular. La universidad es, efectivamente, producto de un tiempo y un espacio, su misión consiste en adaptarse, en acomodarse, pero al mismo tiempo es inmutable: es una idea con unos principios rectores. La universidad es una realidad viva que experimenta una tensión permanente entre lo que es y lo que todavía no es. En lo que a formación se refiere, y sin perder de vista la historia de la institución académica [8] y las aportaciones de los magníficos y paradigmáticos textos sobre su sentido y su misión [9], nos encontramos con cuatro principios o rasgos esenciales que deben amoldarse a la realidad vigente: la instrucción o el proceso de enseñanza y de aprendizaje propiamente dicho, la universalidad, la gremialidad y la convivencia [10].

Dicho esto, el objetivo de este trabajo es doble: por un lado, presentar las diferentes concepciones sobre la formación universitaria que actualmente se defienden y que conviven en el actual debate sobre el asunto [11]; y por otro lado, tratar de sonsacar qué relación guarda cada una de ellas con los rasgos que configuran la esencia formativa de la universidad, con esos rasgos que le dieron vida, y que la han mantenido en pie hasta hoy. En otras palabras, nos interesa analizar qué relación

mantienen los diferentes discursos sobre la formación universitaria con los rasgos esenciales de ésta, para poder así averiguar qué aspectos concretos se acentúan en cada uno de ellos, y de qué manera.

2. Diferentes concepciones sobre la formación universitaria

Detrás de cualquier propuesta de formación universitaria se esconde una visión paradigmática de la universidad, una apuesta por una determinada política, sociología, economía, antropología, ética, moralidad, etc., y sobre todo, por una filosofía educativa. Diferentes maneras de concebir la formación universitaria son también diversas formas de acentuar los rasgos que conforman la radical idea de universidad, es decir, aquel aspecto que en una concepción acumula todas las atenciones, pasa desapercibido en otras, lo que para unos es esencial para otros no lo es tanto, y a veces en absoluto. Este hecho no sería problemático si no sucediera lo que hoy en día parece suceder: las diferentes concepciones se están volviendo incommensurables, intentan explicarlo todo y ya casi no se reconocen entre ellas. Estas concepciones son las que de ahora en adelante llamaremos: formación universitaria clásica o humanista, progresista, y adaptada a nuestros días.

2.1. La formación universitaria clásica o humanista: en busca de la excelencia

La universidad puede ser concebida como una institución que tiene como misión principal la formación en la excelencia humana, que trata de hacerse cargo del estudiante, en tanto que perso-

na, para conducirlo hacia el lugar donde se encuentra el bien (*bonum*), la verdad (*verum*) y la belleza (*pulchrum*). Se trata de una idea heredada del pasado, pues como ocurriera en las primeras universidades, la formación personal es concebida como lo esencial del hecho universitario. Esta es la principal razón por la que estamos ante una manera de pensar conocida como clásica o humanista [12]. Ahora bien, ¿en qué cimientos se fundamenta esta manera de entender la formación universitaria?, o, ¿cómo se acentúan los rasgos esenciales de la formación universitaria desde esta posición?, y sobre todo, ¿tiene algún sentido defender esta visión en nuestros días?

El discurso clásico sobre la universidad está fundamentando en la Educación Liberal, y aunque son varias las maneras de entender dicho juego de palabras, se puede decir que todas ellas la conciben como aquella educación que libera a la persona de la ignorancia, o mejor dicho, de la oscuridad que produce la ignorancia. La Educación Liberal se encuentra íntimamente relacionada con las Artes Liberales, de modo que aquélla es el objetivo y éstas son el camino para alcanzarlo; por lo tanto, la instrucción académica debe centrarse en dichas Artes. En líneas generales, ésta es la manera de concebir el primer rasgo de la formación universitaria, hecho que convierte a la universidad en la institución por excelencia que se orienta a un saber de orden superior. El proceso de enseñanza y de aprendizaje académico va en busca de la dignidad de la persona, encamina al estudiante hacia su mejor versión del yo. Desde este punto de vista, la universidad no es la institu-

ción que orienta su formación hacia alguna utilidad práctica, pues esto no haría más que formar en un conjunto de habilidades técnicas, aunque éstas tuvieran que ver con el intelecto [13]. Aunque parezca lo contrario, no se niega la formación profesional, más bien se defiende aquella formación que es prioritaria, más importante, útil y necesaria. En las primeras universidades, la formación profesional existía y se ofrecía en las Facultades Mayores [14], hecho que subraya su importancia, pero la auténtica formación universitaria, aquella que estaba centrada en la persona en el sentido más profundo de la palabra, era la que se impartía en la Facultad de Artes o Facultad Menor. No era casualidad que esta formación precediera a la instrucción profesional, ni que con esta formación fuera suficiente para obtener la credencial de universitario; en consecuencia, la formación en el ejercicio de las profesiones no era el motor de la formación universitaria ni tampoco el principal motivo de la universidad. Vale la pena señalar esto, porque la mayoría de críticas que recibe esta versión de la universidad deja entrever que se trata de una manera de pensar rancia, anclada en el pasado y que se desentiende de todo aquello que tenga que ver con la formación profesional, su optimización y su adaptación a lo que hoy en día se demanda; sin embargo, no es tanto una cuestión de negación como de priorización.

Sólo tras la formación típicamente universitaria puede germinar una formación especializada, pues cualquier formación profesional necesita una base humanística y cultural que le conduzca al sen-

tido último de sus técnicas, competencias e instrumentos, que fomente el conocimiento de los porqués antes que el de los cómo. El estudiante necesita la formación humanística para captar la verdadera esencia del ejercicio profesional, o si se prefiere, el *bonum*, el *verum* y el *pulchrum*, que fundamenta cada profesión. Ésta es la relación entre la formación humanística y la profesional, a saber: la primera precede a la segunda porque es su fundamento, y la segunda complementa a la primera porque ayuda a ponerla por obra, a especular con ella y, por supuesto, a seguir labrándola.

En la universidad de hoy, ya no es normal hablar de Educación Liberal ni de Artes Liberales [15], el *Trivium* y el *Quadrivium* forman parte de su historia. Sin embargo, su sombra es alargada, y sí que se habla de cultura o de cultura general. Lo que antes era un hombre liberal hoy es un hombre culto, cambia la terminología pero no el sentido. Las Artes Liberales eran aquellos conocimientos que sobreelevaban al hombre, del mismo modo que la cultura es el sistema vital de las ideas propias de nuestro tiempo que permiten al hombre vivir en libertad. No es arcaico, y mucho menos rancio, defender que la formación superior debe centrarse en la transmisión de esas ideas o cosmovisiones. No parece descabellado defender que una formación humanística supera en importancia a la formación en la profesión, porque la primera garantiza la formación en la excelencia humana y social mientras que la segunda está llamada a ser un medio que, sin el auxilio de la primera, puede convertirse en mera formación al servicio de cualquier utili-

dad. La nueva propuesta universitaria, y la filosofía pedagógica que la sustenta, parecen centrar gran parte de la atención en la formación profesional, y da la sensación de que se está olvidando todo lo que la universidad puede aportar, en especial el tipo de formación aquí descrita. Quizá la principal razón de dicho descuido es que se trata de una formación con la que no se obtienen dividendos económicos y sociales, pero, ¿por qué apartar al ostracismo aquella formación que asegura la ganancia de bienes personales?, ¿qué sentido tiene desentenderse de todo aquello que no suene a formación meramente técnica?

La universidad clásica también acentúa de una manera especial ese rasgo de la formación que hemos llamado universalidad. Según esta perspectiva, la universidad aspira al conocimiento y reflexión sobre todo lo cognoscible. La cuestión en este caso es saber qué es el conocimiento universal y, por qué no decirlo, qué sentido tiene hablar de conocimiento universal en la posmodernidad. De una manera resumida, se podría decir que lo universal puede entenderse como el conjunto de conocimientos vivos, que no novedosos, que representan el nivel superior de nuestro tiempo. Actualmente, dejan de ser universales aquellos conocimientos arcaicos, es decir, aquellos que han periclitado con el paso de la historia. La universidad clásica o humanista defiende la universalidad del conocimiento universitario en un nuevo y reconfigurado *Trivium* y *Quadrivium*, es decir, en unos reformados saberes lingüísticos, retóricos y humanísticos, que representen la expresión de la persona en tanto que

animal racional, y en unos saberes científicos y tecnológicos, que le permitan captar y comprender la compleja realidad [16]. Ortega y Gasset lo llamó la Facultad de Cultura [17].

La defensa de esta formación representa la convicción de que los estudiantes deben aprender a acercarse a la verdad de las cosas y a ubicarse en la compleja realidad, independientemente de la profesión a la que se dediquen. Además, dicha defensa se ve reforzada por algunos de los síntomas que manifiesta nuestra realidad actual, entre otros la galopante especialización laboral [18], o formación a la carta, y el fracaso de la formación cultural y humanística en los niveles educativos previos a la Educación Superior [19].

La universidad clásica también defiende una absoluta autonomía en el quehacer académico, especialmente cuando se trata del tema formativo. Vale la pena recordar que ésta fue una de las demandas de las primeras universidades [20]. Estamos ante una perspectiva que defiende que el colectivo de universitarios es un auténtico gremio que se dedica a una profesión: la de intelectual [21]. La comunidad debe, pues, atenderla como se merece, debe otorgarle los privilegios que necesita para acometer bien su tarea, y el privilegio principal es la no intromisión. No se puede servir a la verdad, objetivo radical del encuentro entre maestros y estudiantes, cuando se está atado a intereses ajenos a la universidad. El colectivo universitario necesita ser tratado de una manera privilegiada, como un «colectivo de élite» [22] que necesita recuperar aquella libertad de acción que es propia

del quehacer académico y que caracterizó a los primeros universitarios. El servicio a la verdad exige libertad para emprender su búsqueda, que por cierto, es muy diferente a la libertad de decisión entre buscar la verdad o dedicarse a otros asuntos. Estamos ante una universidad que piensa que sólo se puede trabajar en libertad cuando los asuntos universitarios nacen y se pactan entre maestros y estudiantes o, dicho de otro modo, cuando son los protagonistas del hecho universitario los que deciden cómo acometer su trabajo [23]. Visto así, se podría pensar que la universidad no atraviesa su mejor momento, que una multitud de intereses no académicos están malbaratando su actividad, hecho que podría llegar a convertirla en un resorte más de la maquinaria socioeconómica actual. Por supuesto, no es una perspectiva que esté exenta de riesgos, pues puede suceder, y de hecho sucede, que determinadas instituciones universitarias y las facultades que las conforman se aíslan del devenir de la realidad con la excusa de la autonomía, por no decir que se convierten en auténticas tribus académicas [24].

En lo referente a la vida universitaria, que era el cuarto y último rasgo definitorio que hemos señalado, aquí se entiende como una condición de indispensable cumplimiento para que cualquier institución universitaria pueda realizar su misión, o mejor dicho, para que sea considerada como tal. En otras palabras, no hay universidad posible si en ella no hay vida universitaria, entendiendo «vida» en el sentido más amplio y profundo del término. La universidad es una comunidad que se mantiene unida por

unas reglas, unos hábitos y unas costumbres. La formación universitaria no consiste sólo en la apropiación de unos saberes, sino que también incluye la adquisición y la práctica de unos hábitos, de una manera de estar que facilita dicha apropiación: «el estudiante se educa mediante el proceso de vivir y cenar con sus maestros, escucharlos, participar en sus juntas, observarlos y, ocasionalmente, ayudarlos» [25]. Ser universitario no es un derecho que se adquiere por el simple hecho de acreditar, matrícula en mano, que se pertenece a una institución concreta, sino que se conquista día a día. La formación universitaria incluye, pues, la construcción de un carácter típicamente universitario, y la manera de conseguirlo es mediante la participación sistemática en prácticas y situaciones que tengan un bien ético y moral interno que conquistar [26], en prácticas y situaciones que tengan que ver con el respeto, la libertad, el silencio, la perseverancia, la autodisciplina, etc. Sólo así pueden enraizar los hábitos típicamente universitarios en los estudiantes, y por supuesto, también en los maestros.

Vale la pena decir que el modelo inglés de universidad, y en parte el norteamericano [27], aún mantienen «colegios» en los que los estudiantes viven la universidad. Si esta opción universitaria es compatible con el Plan Bolonia, con la vida posmoderna [28], y si es una opción asequible para cualquier estatus social, es un tema pendiente que exige un tratamiento exhaustivo. Hoy en día deben tenerse en cuenta diversas variables antes inexistentes, como por ejemplo los nuevos perfiles de estudiantes universita-

rios o el emergente modelo formativo virtual. Lo que parece claro es que la vida universitaria es auténtica formación porque entra en el terreno ético y moral de la persona, y que, como dirían algunos, cuesta concebir su auténtica profundidad cuando los encuentros entre profesores y estudiantes son instantáneos, inconexos y puntuales; mucho más cuando los momentos de vida universitaria se reducen a un conjunto de actos académicos, por cierto, de escasa participación tanto por parte del colectivo estudiantil como del docente.

2.2. La formación universitaria progresista: en busca de la eficacia y la eficiencia

La universidad también puede concebirse de una manera progresista [29], tanto por su marcada voluntad de cambio como por su explícita oposición a la universidad clásica, aunque esto último merece una aclaración. Desde aquí no se discute el pasado de la universidad, ni que éste fuera más o menos glorioso [30], mucho menos se pretende hacer borrón y cuenta nueva de todo aquello que nos ha permitido llegar hasta donde estamos. Es lógico reconocer que si la universidad se mantiene en pie, es debido a los cimientos que se colocaron en otras épocas, y que de una manera o de otra debemos seguir cumpliendo, como dijera Hannah Arendt, con la deuda de sentido con el pasado. Dicho esto, la diferencia esencial entre la universidad clásica y la progresista radica en el tipo de adaptación o cambio que la universidad debe realizar conforme al tiempo en el que se encuentra. Para unos, la universidad debe permanecer más o menos estática, pues la misión de la universidad ya lleva incluida la adaptación a

cualquier contexto y tiempo, y en cualquier caso, es cada contexto y cada tiempo los que deben incorporar el fin universitario; para otros, la universidad debe adaptarse al escenario que la realidad organiza porque la universidad es una institución fruto de una época, y si ésta metamorfosea aunque sea hasta límites insospechados, aquélla debe hacer lo mismo. Estamos ahora ante la concepción de una universidad que cambie, que trabaje codo con codo con la realidad, que no se estanque, en definitiva, que deje de ser una institución anclada en el pasado para convertirse en algo actual, eficaz y eficiente.

Aquello que tantas veces se ha llamado «crisis de la universidad» se identifica ahora como un ejercicio de reconstrucción [31]. ¿Hubo crisis en las universidades de finales de la Edad Media? Más bien no, lo que sucedió es que se llegó a tal estado de caducidad, que se activó un proceso de reconstrucción de los cimientos de la misma idea de universidad, o si se prefiere, un proceso de búsqueda de una nueva universidad. La defensa de la difusión objetiva de la cultura y de los textos escritos, la vinculación de la universidad con el Estado moderno, la adaptación del hecho intelectual al hecho político, etc., son pruebas de dicho proceso radical de reconstrucción.

La visión progresista, y en relación con el primero de los rasgos señalados en la introducción, defiende una reubicación de prioridades. La Educación Liberal, o cualquiera que sea su versión posmoderna, ya no ocupa el primer lugar en la formación universitaria contemporánea por una cuestión de eficacia y eficiencia. Ha

sido relegada de su histórica posición; es más, ha sido ubicada en las etapas educativas preuniversitarias, aprovechando que la edad escolar obligatoria se alargó en la mayoría de sistemas educativos occidentales durante la modernidad. No se trata de una negación de la formación de la persona en la universidad sino de una priorización de fines, y una prueba de ello es que ésta se sigue defendiendo, y de alguna manera practicando, en las universidades que tienen un marcado carácter progresista. Sin embargo, su tratamiento es más que discutible a ojos del paradigma clásico o humanista. Estatutos universitarios, discursos oficiales, actividades veraniegas culturales o créditos de libre elección sobre humanidades, ética y deontología profesional, no dejan de ser reminiscencias de un pasado que parecen demasiado débiles para el asunto que nos ocupa.

La tarea fundamental de la universidad actual consiste en formar eficaces y efectivos profesionales. La universidad de hoy, como las tres Facultades Mayores de antaño, es una institución creada para satisfacer las necesidades de la realidad. En un pasado se necesitaban profesionales que se hicieran cargo del cuidado del alma (Teología), de la salud (Medicina) y de las leyes (Ciencias Jurídicas o Decretales). Hoy tenemos más necesidades, por no decir urgencias, y la universidad debe ofrecerles una respuesta formativa al más alto nivel. La atenta escucha a la realidad, y su posterior auxilio, es una característica propia de la formación universitaria progresista [32]. La duda está en saber si una adaptación completa a los tiempos que corren puede provocar la

aparición de una nueva institución que poco o nada tenga que ver con su pasado y, sobre todo, si a dicha institución se le podría seguir llamando universidad.

La universalidad, otro de los rasgos propios de la formación universitaria, también se trata de una manera especial en la universidad progresista. Los saberes universales que se defienden desde el paradigma clásico o humanista, se acotan ahora a realidades más concretas, más cerradas. Parece haberse apagado el histórico reto que tenía por delante cualquier *studium* de la época medieval, a saber: llegar a ser un *studium generale*, una universidad acreditada por la autoridad competente para poder transmitir aquellos conocimientos universalmente válidos para la formación de cualquier estudiante independientemente de cual fuera su lugar de procedencia [33].

Parece lógico, pues ¿qué sentido tiene defender un pasado con el que la actual realidad económica, política, social y cultural tiene tan poco que ver?, ¿para qué fijarse en cuestiones generales si lo que se demanda está en la particularidad? Los grandes y universales temas humanísticos o científicos pasan a ser un conjunto de saberes sobre los que el estudiante debe estar informado, mientras que lo particular de cada profesión, principalmente las competencias que permiten su ejercicio, es el tipo de conocimiento que el estudiante debe adquirir. Sobre cuál es el entorno más próximo de una institución universitaria surgen serias dudas, más cuando estamos en una realidad globalizada, interconectada y multicultural. En cualquier caso, la universalidad de la uni-

versidad debe ir supeditada a la eficacia y la eficiencia, y la formación universitaria debe priorizar entre lo que merece la pena ser transmitido y lo que ya debe ser arrinconado. Ya no se piensa que cualquier movimiento con tintes endogámicos atenta peligrosamente contra la idea de universidad, ya no se cree aquello de que los oficios separan a los hombres, y es la cultura lo que los mantiene unidos. El EEES podría ser una apuesta en este sentido, pues se trata de formar a los estudiantes en una serie de competencias mayoritariamente profesionales. En definitiva, se trata de crear, si se puede decir así, un nuevo perfil cognitivo de cada profesión.

El rasgo de gremialidad de la formación universitaria también adquiere aquí un marcado carácter progresista. La universidad debe seguir siendo una institución de tipo gremial con sus derechos adquiridos y sus deberes asumidos, pero con unas características que la diferencian claramente de la universidad clásica. Para ésta última, la gremialidad era condición imprescindible para cumplir con el objetivo de buscar la verdad de las cosas, mientras que para la universidad progresista, la gremialidad es un requisito más para atender a las realidades concretas, y siempre que sea posible, para inscribir en ellas algo de verdad. En otras palabras, la academia ya no funciona como un gremio con un único fin compartido, sino como una cooperativa de grupos, creados *ad hoc*, en la que cada uno debe hacerse con el dominio de un espacio objetivo concreto para categorizarlo y atribuirle, así, su verdad. Prueba de ello es la atención que no pocos equipos de profesores prestan a las demandas formativas, y por supuesto

investigadoras, del entorno empresarial, usualmente el más cercano. Esta situación invita a preguntarse quién lleva las riendas de la universidad, si académicos o agentes externos, o mejor dicho, si las llevan gerentes universitarios que hacen de representantes de aquellos que propiamente no pertenecen a la universidad. La cuestión no es baladí, pues aunque se trata de una liberación atractiva y en buena medida eficaz, podría poner en peligro la finalidad civilizadora y trascendental de la universidad.

Muy ligado al aspecto de la gremialidad está el de la vida universitaria. La prioridad ya no es convertir al estudiante en un universitario, sino en un profesional especializado. La vida universitaria se transforma en la antesala de la vida profesional, en una vida pre-profesional. La organización académica actual potencia la preparación para el hecho laboral, y por ello se ha organizado un sistema que consiste en el encadenamiento de un conjunto de materias más o menos independientes, cada una con su guión de competencias particulares y estrechamente vinculadas al objetivo planteado. Aquellos episodios de carácter humanístico, cultural, ético y moral que configuran una vida universitaria y que son propios de la formación de un carácter típicamente universitario son otro eslabón más de la cadena que en no pocas ocasiones están ubicados en el ámbito de la optatividad y la libre elección [34]. Pero, «¿cómo puede un ser humano desarrollar el relato de su identidad e historia personal en una sociedad (universidad) hecha de episodios y fragmentos?» [35] ¿Qué tipo de carácter se desarrolla a partir de instantáneas? La

vida universitaria ha tomado otro camino y sus elementos constitutivos se han reconfigurado, sin que eso signifique que la concepción progresista haya renunciado a ella. Esta manera de pensar en la universidad no obvia que la realidad actual también demanda que la academia se ocupe de la formación del carácter de los estudiantes y del desarrollo de relatos de vida universitaria [36].

2.3. *Una formación universitaria para hoy: entre la excelencia y la eficacia y la eficiencia*

La universidad de hoy puede situarse en el punto medio de todo lo dicho hasta el momento, es decir, puede ubicarse a una cierta distancia tanto de la perspectiva clásica como de la progresista. La búsqueda de la excelencia humana no debe estar reñida con la de la eficacia, al fin y al cabo, no hay comportamiento excelente que no sea eficaz, ni actividad eficaz que no conlleve cierto grado de excelencia. Lo complicado del nuevo planteamiento está en saber mantener el equilibrio entre ambas posturas, pues como se ha visto, es relativamente fácil bascular hacia el lado de la balanza que más convenga en cada momento.

Las dos concepciones tratadas representan los dos extremos de entender la formación universitaria, y aunque no llegan a negarse por completo, sí que son contrapuestas. Ambas perspectivas tienen sus bondades; sin embargo, ninguna de ellas ofrece por sí sola una explicación completa de la formación universitaria. Por un lado, la universidad clásica mantiene vivo el histórico espíritu del fin de la universidad, pero al mismo tiempo se desentiende de la realidad y sus necesida-

des cuando, de hecho, la misión de la universidad no tiene sentido en el vacío, sino cuando se encuentra vinculada a un tiempo y un espacio. Por otro lado, la universidad progresista acierta cuando se adapta a los tiempos que corren, pero dicha adaptación le aparta de ciertos aspectos formativos que aunque no son útiles en sentido posmoderno, sí que resultan de gran utilidad desde el punto de vista humano.

La contemporaneidad reclama una universidad eficaz y eficiente, razón por la cual un gran número de estudiantes, profesores e interlocutores sociales reclama una universidad que garantice la optimización social, económica y profesional [37]. Sin embargo, nada impide que a la universidad también se le pueda exigir la formación en la vida buena, en esa formación que se ideó primero con la *Paideia* y más tarde con la *Bildung*. Ambas demandas son perfectamente compatibles y absolutamente necesarias. No parece lógica una formación universitaria que sitúe a las nuevas generaciones de profesionales en el limbo cultural y humanístico, para que más pronto que tarde, caigan en la cuenta de la poca utilidad práctica de sus aprendizajes; pero tampoco se antoja sensata una formación que, por encontrarse encadenada a las urgencias de la realidad, convierta a los futuros profesionales en un resorte más de la maquinaria burocrática al servicio de las organizaciones empresariales y estatales, pues la formación universitaria también es algo ontológico.

El quehacer universitario tiene una doble tarea que acometer: escuchar aten-

tamente a la comunidad, y al mismo tiempo cumplir con la misión de la institución que lo alberga. En este sentido, un buen ejemplo de formación universitaria lo podemos encontrar en aquella Europa que se desbarataba ante tanta invasión bárbara, y que necesitaba cierto orden legal, y por supuesto moral. Aquella realidad, y el afán por querer mejorar las cosas, espolearon a la corporación de maestros y estudiantes de la universidad de Bolonia que puso todo el empeño en solucionar el entuerto creado mediante la formación de juristas y decretistas. En ningún caso fue un encargo, sino un problema compartido. La universidad escuchó y se puso manos a la obra, y no sólo no se resquebrajó la doble tarea antes mencionada, sino que se reforzó, pues si se formaron excelentes profesionales fue desde el compromiso ciudadano, desde la formación de la persona en tanto que persona [38]. Dicho de otra manera, no se confundió la misión pública de la universidad con que la universidad fuera el lugar en el que se forma al alto cargo público.

El estudiante que se forma en la universidad de hoy no debe desentenderse de la verdad, ni del bien, ni de la belleza que esconde la realidad, pues en su quehacer diario deberá sentir la necesidad de buscar dichos bienes. La universidad de hoy debe poner todo su empeño en la formación de profesionales que atesoren una actitud propositiva hacia la optimización de la realidad. Aquel profesional que busca la excelencia humana, y de alguna manera se desentienda de la eficacia y la eficiencia, no tendrá argumentos reales sobre los que buscar la verdad ni maneras

de encontrarla, y aquel otro que se des-
preocupe de su excelencia porque está
obsesionado con la técnica, puede conver-
tirse, aun sin saberlo, en un mero termi-
nal de cualquier cadena de producción
[39]. El universitario de hoy no sólo debe
instruirse en la profesión a la que se quie-
re dedicar, sino que también debe apren-
der a ejercerla de la mejor manera posible
desde el punto de vista ético y moral [40].
La formación universitaria contemporá-
nea debe ser entendida como la formación
en la «visión», es decir, en el carácter que
un profesional debe imprimir en su tarea
diaria. La formación del estudiante con-
temporáneo supone el aprendizaje de una
técnica más o menos específica, del
momento en el que debe utilizarla y, por
último, de la excelencia personal y social
que conlleva su práctica, de los bienes ét-
icos y morales que de ella se obtienen [41].
Los dos primeros aprendizajes no tienen
un sentido completo sin el tercero. Esta-
mos ante una concepción de la forma-
ción universitaria que defiende que junto
a las competencias técnicas y profesiona-
les, se incorpore algún tipo de conocimien-
to humanístico, unas reformadas Artes
Liberales que permitan que el estudiante
se sienta seguro ante los dilemas éticos y
morales que inundan la realidad en gene-
ral, y la de las profesiones en particular.

Por lo que se refiere al rasgo de uni-
versalidad, también nos encontramos
ante una universidad que debe situarse
en medio de los dos extremos ya presen-
tados. Por un lado, universidad es sinóni-
mo de universalidad, y las instituciones
universitarias son los bastiones sociales
que salvaguardan dicho principio, quizá
los únicos que quedan. La búsqueda de la

verdad, que resulta absolutamente uni-
versal, es tarea de toda corporación de
maestros y estudiantes, independien-
tamente del camino que se siga para alcan-
zarla y del contexto en el que se encuen-
tre ubicada. Más todavía cuando nos
encontramos en tiempos de declive de las
grandes ideas, y aprieta la necesidad de
recurrir a lo dicho para repensarlo a la
luz de nuestras actuales circunstancias.
La actividad universitaria debe retornar
a lo dicho porque eso le dará impulso para
situarse ante lo nuevo [42]. La universi-
dad de hoy, incluso, debe poner nuevos
conflictos en escena, pues su propia histo-
ria ha demostrado que de nada sirve que-
darse quieto. Por otro lado, la universidad
es una institución repartida por todos los
rincones del mundo desarrollado y subde-
sarrollado, concreta su universalidad en
cada lugar y en cada tiempo. En cada con-
texto acontecen experiencias concretas,
problemas autóctonos que necesitan solu-
ciones particulares y únicas que proven-
gan de su universidad o de su corporación
de universidades.

La universalidad, pues, es un rasgo
propio de la universidad que no debería
banalizarse, sino que debería ser recupe-
rado, especialmente en tiempos de incer-
tidumbre, que es como algunos autores
definen nuestra época [43]. El método
para alcanzar la formación en la ciudada-
nía universal y en la profesionalidad
puede consistir en adentrar al estudiante
en la pura realidad, siempre y cuando el
objetivo sea poner a prueba la verdad de
las cosas, todo aquello que se aprende en
la universidad. Quizá así no caeríamos ni
en la pedantería académica que poco
quiere saber de las cuestiones concretas y

particulares, ni en el pragmatismo más radical que no aspira más que a solucionar problemas concretos con fecha de caducidad.

La gremialidad es otro rasgo que también ha sido llevado al extremo, tanto por parte de la universidad clásica como de la progresista. La universidad, en tanto que actividad puramente humana, necesita libertad de acción en el sentido más profundo de la palabra, necesita libertad académica. La universidad necesita su manera de hacer las cosas, su propio tiempo; necesita, en definitiva, que se respete su actividad y las maneras de llevarla a cabo. Ésta es, sin duda, la gran aportación de la universidad clásica, pero es una aportación que, llevada al extremo más radical, puede derrumbar la misión de la formación universitaria. Aún resuena la atronadora acusación que Benito Jerónimo Feijoo lanzó contra la escolástica por la infecundidad de las disputas en las que supuestamente se buscaba la verdad, pero en las que nadie cambiaba su opinión. La libertad académica ha sido malinterpretada en no pocas ocasiones, llegándose a confundir con independencia académica. Libertad académica no es disponer de carta blanca para decidir el objetivo que se debe perseguir; libertad académica no es decidir sobre la misión universitaria según convenga; libertad académica es, simple y llanamente, ir tras la verdad, para lo cual, sobra decirlo, se requiere libertad de elección sobre la manera de hacerlo.

La gremialidad de la universidad, como bien se apunta desde la universidad progresista, debe reconfigurarse para dar

entrada a nuevos interlocutores válidos sean o no del ámbito académico [44]. A día de hoy ya podemos encontrar diferentes modelos de gremialidad universitaria, con la ventaja que eso conlleva. Se puede decir que, gracias al renovado concepto de gremialidad, la universidad ha abierto sus puertas y ya no es una exclusiva y selecta comunidad de académicos, ni tampoco la institución que tiene el monopolio del saber, ni tan siquiera es la única organización que tiene la potestad de expedir títulos de estudios superiores [45]. El peligro de esta aportación radica en que la universidad se convierta en una empresa de servicios creada *ad hoc* o, según como se mire, en un holograma inmaterial atravesado por dos flujos: uno neoliberal y otro burocrático. Por otro lado, nos encontramos en una época en la que las instituciones universitarias deben rendir cuentas de los resultados de su trabajo al más mínimo detalle, y este hecho, aunque tiene sus bondades, puede convertirse en un arma de doble filo. La actual situación puede acelerar el desmembramiento de la actividad universitaria en tanto que se diluya la sustanciosa relación que debe existir entre profesor y estudiantes, para acabar convirtiéndose en algo parecido a una relación comercial entre vendedores y clientes.

En lo referente a la vida universitaria, sucede algo parecido a lo explicado en los tres rasgos descritos: urge la necesidad de situarse en el punto medio. Si somos sensatos, debemos admitir que ya no es factible, tal y como está organizada la vida hoy, llevar una vida universitaria a la antigua usanza. La contemporaneidad ya no facilita que los estudiantes

vivan por y para la universidad. Sin embargo, la vida universitaria que defiende la universidad clásica tiene una bondad que, aunque parezca lo contrario, no se encuentra reñida con las actuales condiciones sociales y estudiantiles. Todavía hoy, hay argumentos sólidos para pensar que aquella vida universitaria clásica es condición *sine qua non* de la formación universitaria contemporánea. Si es verdad que la universidad es una comunidad unida por un objetivo común, también es verdad que debe estar gobernada por unos hábitos y reglas propias comunes. Existen muchas formas de estar en la universidad, pero hoy igual que antes, no es válida cualquier forma. La universidad de hoy no puede ser un lugar de paso más, sino que debe conseguir que los estudiantes que transitan por ella vivan algo así como una revolución existencial hacia lo mejor, una transformación interna gracias a la participación activa en determinadas vivencias y actividades.

A ojos de la universidad progresista, la vida universitaria amplía sus límites, sale del campus y entra en el terreno profesional y social. Resulta positivo ahorrarse el gran salto que, históricamente, el estudiante ha debido dar entre la vida universitaria y la social y profesional. La universidad de hoy debe evitar que aquellas actividades propias de la vida universitaria que proporcionan a los estudiantes principios éticos y hábitos morales, caigan en el olvido una vez finalizada la aventura universitaria, y eso se consigue, principalmente, abriendo las puertas de la universidad desde el comienzo de dicha aventura [46]. Ahora bien, como ocurre con otras realidades, hay hábitos que son

propios y exclusivos de la vida universitaria porque se gestan en la universidad, es decir, en el íntimo encuentro entre profesores y estudiantes. ¿Cómo encaja esta consideración con la realidad en la que ahora nos encontramos, con la reconfiguración de los encuentros entre los que enseñan y los que aprenden? [47] El tiempo nos lo dirá, nos hará ver si, por ejemplo, la entrada en escena de nuevas metodologías, como son las que se ubican en el terreno de la virtualidad, resultan ser buenas alternativas en este sentido.

En definitiva, la universidad de hoy tiene muchas cuestiones encima de la mesa, cuestiones que se han planteado con el advenimiento de la posmodernidad, y que han tratado de ser solventadas con la propuesta del EEES. La solución a nuestros problemas, qué duda cabe, debe estar orientada hacia el futuro, pero sería un error que, por el afán de conseguir un futuro mejor, nos olvidáramos de lo mejor de nuestro pasado.

Dirección para la correspondencia: Francisco Esteban Bara. Edificio de Llevant 3ª Planta (Departamento de Teoría e Historia de la Educación). Passeig de La Vall d'Hebron, 171, 08035, Barcelona. E-mail: franciscoesteban@ub.edu

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 30.III. 2010

Notas

- [1] Aun así, no debería olvidarse que las primeras universidades son herederas de un pasado que va mucho más allá de las escuelas episcopales, catedralicias y municipales, es decir, que existe una prehistoria de la universidad. Una *universitas* es una agrupación de maestros y estudiantes de carácter gremial que se dedica a la búsqueda de la verdad de las cosas, a poner, mediante el uso del conocimiento, la realidad al descubierto (*a-lé-theia*). En este sentido, pensadores como Tales de Mileto, que se rodeaba de jóvenes que querían apren-

- der las nociones de matemáticas que él mismo había adquirido a partir del conocimiento empírico de los sacerdotes griegos; Euclides, que hacía algo similar con la geometría; o Sócrates, Platón y Aristóteles con la filosofía, y muchos otros, pusieron las primeras semillas de la asombrosa historia universitaria.
- [2] CRUE (2010) *Documento de reflexión sobre la mejora de las Políticas de Financiación de las Universidades para promover la excelencia académica e incrementar el impacto socioeconómico del Sistema Universitario Español (SUE)*. Ver: http://www.crue.org/boletines/-BOLETIN_N42/Boletin_42/ADJUNTOS/documento-financiacion1.pdf (Consultado el 18.III.2010).
- [3] MICINN (2010) *Estrategia Universidad 2015. La Gobernanza de la universidad y sus entidades de investigación e innovación*. Ver <http://firgoa.usc.es/drupal/-files/Documento%20Gobernanza%20CRUE%20FCYD.pdf> (Consultado el 18.III.2010).
- [4] Todos los documentos clave del Proceso de Bolonia, que son las Declaraciones de las Reuniones de Ministros de Educación Superior Europeos, las Declaraciones de la Asociación de la Universidad Europea (EUA), los Informes de seguimiento y los documentos complementarios pueden consultarte en la página Web de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas: <http://www.crue.org>
- [5] BAUMAN, Z. (2003) *Modernidad líquida* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica). BAUMAN, Z. (2005) *Ética Posmoderna* (México, Siglo XXI Editores).
- [6] Por citar algunos: BARLETT, A. (1976) *A Free and Ordered Space: The Real World of Universtiy* (New York, W.W. Norton). CLARK, B. (1894) *Perspectives on Higher Education* (Berkeley, University of California Press). BOK, D. (1986) *Higher Learning* (Cambridge, Harvard University Press). ROSOVKY, H. (1990) *The University: an owner's manual* (New York, W.W. Norton). PELIKAN, J. (1992) *The idea of the University: a Re-examination* (New Haven, Yale University Press). THORENS, J. (1996) Role and Mission of the University at Dawn of the 21st Century, *Higher Education Policy*, 9:4, Winter, pp. 267-275. BOWEN, W. & SHAPIRO, H. (1998) *Universities and their Leadership* (Princeton, University Press). KERR, C. (2001) *The uses of the University* (Cambridge, Harvard University Press). SCOTT, J. (2006) The Mission of the University: Medieval to Postmodern transformations, *The Journal of Higher Education*, 77:1, Winter, pp. 1-39. LAREDO, P. (2007) Revisiting the third mission of universities: Toward a renewed categorization of university activities?, *Higher Education Policy*, 20:4, Winter, pp.441-456. ONCINA, F. (ed.) (2008) *Filosofía para la Universidad, filosofía contra la Universidad* (de Kant a Nietzsche) (Madrid, Dykinson).
- [7] SANTOS, M. A. (2005) La Universidad ante el proceso de convergencia europea: un desafío de calidad para la Unión, *revista española de pedagogía*, 230:1, enero-abril, pp. 5-16. MEDINA, R. (2005) Misiones y funciones de la universidad en el Espacio Europeo de Educación Superior, *revista española de pedagogía*, 230:1, enero-abril, pp. 17-42.
- [8] Entre otros: RÜEGG, W. (1992) *A history of the University in Europe* (Cambridge, Cambridge University Press). IYANZA, A. (2000) *Historia de la universidad en Europa* (Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia).
- [9] Por citar algunos: NEWMAN, J.H. (1986) *The idea of a university* (University of Notre Dame Press). ORTEGA Y GASSET, J. (1930) *La misión de la universidad* (Madrid, Alianza Editorial). HEIDEGGER, M. (1989) *La autoafirmación de la universidad alemana. El Rectorado 1933-1934* (Madrid, Tecnos). BONVECCHIO, C. (ed.) (1980) *Il mito dell'università*. (Bolonia, Nicola Zanichelli). GINER DE LOS RÍOS, F. (1902) *Escritos sobre la Universidad Española* (Madrid, Espasa Calpe). WYATT, J. (1990) *Commitment to Higher Education. Seven West European Thinkers on the Essence of the University*. Max Horkeimer, Karl Jaspers, F.R. Leavis, John Hery Newman, José Ortega y Gasset, Paul Tillich, Miguel de Unamuno (Buckingham, SHRE and Open University Press).
- [10] CORTINA, A. (2003) La universidad desde una perspectiva ética, en PEÑA, F. J. (ed.) *Ética para la sociedad civil* (Valladolid, Publicaciones de la Universidad de Valladolid), pp. 39-65.
- [11] Obviamente hay muchas concepciones sobre la idea de universidad, más cuando se habla de formación, pero consideramos que todas ellas pueden agruparse en visiones más generales que son las que presentamos.
- [12] En este sentido vale la pena señalar reflexiones como: DERRIDA, J. (2002) *La universidad sin condición*. (Madrid, Mínima Trotta). FREITAG, M (2004) *El naufragio de la universidad y otros ensayos de epistemología política* (Barcelona, Ediciones Pomares). FERNANDEZ-CARVAJAL, R. (1994) *Retorno de la universidad a su esencia* (Murcia, Secretariado de Publicaciones). MARCOVICHT, J (2002) *La universidad (im)posible* (Madrid, Cambridge/OEI).
- [13] MILLAN, A. (1961) *La función social de los saberes liberales* (Madrid, Ediciones Rialp).

- [14] Las Facultades Mayores de la época eran las de Derecho, Medicina y Teología.
- [15] Por supuesto, nos referimos a la universidad europea, pues en la universidad norteamericana, por ejemplo, sí que es normal y usual.
- [16] Se trata de la organización platónica de la realidad que heredó la Edad Media, y por lo tanto, las primeras universidades.
- [17] ORTEGA Y GASSET, J. (1930) o. c.
- [18] Destacamos por encima de otros la obra del sociólogo francés Edgar Morin, y especialmente: MORIN, E. (2001) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (Barcelona, Paidós).
- [19] Nos referimos especialmente a las conclusiones del Informe PISA 2009 elaborado por la OCDE.
- [20] CORTINA, A. (2003) o. c.
- [21] WEBER, M. (1983) *El trabajo intelectual como profesión* (Barcelona, Ediciones Bruguera).
- [22] STEINER, G. (2004) *The idea of Europe* (Tilburg, Uitgeverij Nexus).
- [23] SIGUAN, M. (2005) La tercera edad de la Universidad, *La Vanguardia*, 10 de Enero, p. 15.
- [24] PEDRÓ, F. (2004) *Fauna académica: la profesión docente en las universidades europeas* (Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya).
- [25] BURRAGE, M. (1996) De la educación práctica a la educación profesional académica: pautas de conflicto y adaptación en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, p. 158, en ROTHBLATT, S. y WITTRICK, B. (eds.) *La universidad europea y americana desde 1800* (Barcelona, Ediciones Pomares Corredor).
- [26] MACINTYRE, A. (1987) *Tras la virtud* (Barcelona, Crítica).
- [27] Nos referimos, en el caso de Inglaterra a las Universidades de Oxford y Cambridge; y en el caso de EEUU a universidades como Harvard, Yale, Princeton, etc.
- [28] PÉREZ, V. (2005) La crisis endémica de la universidad española, *Claves de la Razón Práctica*, 158, pp. 38-43.
- [29] RUIZ-ARRIOLA, C. (2000) *Tradición, universidad y virtud. Filosofía de la Educación Superior en Alasdair MacIntyre* (Navarra, EUNSA).
- [30] RÁBADE, M.ª P. (1996) *Las universidades en la Edad Media* (Madrid, Arco Libros).
- [31] VALDEON, J. (1994) Universidad y sociedad en la Europa de los siglos XIV y XV, en AGUADÉ, S. (ed.) *Universidad, Cultura y Sociedad en la Edad Media* (Madrid, Universidad Alcalá de Henares) pp. 15-25.
- [32] MARCOVICH, J (2002) o. c.
- [33] Al grupo de estudiantes que provenía de una región concreta, y que acudía a una universidad de otro país se le conocía como «nación».
- [34] En esta pregunta el autor ha cambiado la palabra sociedad por universidad, y la cita en cuestión aparece en: SENNET, R. (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, p. 25 (Barcelona, Anagrama).
- [35] MOORE, S. L. (ed.) (2008) Practical approaches to Ethics for Colleges and Universities, *New Directions for Higher Education*, 142:2, Summer.
- [36] GARCÍA GARRIDO, J. L. (ed.) (2007) *Formar ciudadanos Europeos* (Madrid, Academia Europea de Ciencias y Artes).
- [37] CRUE (2010) o. c.
- [38] ESTEBAN, F. (2003) *Excelentes profesionales y comprometidos ciudadanos: un cambio de mirada desde la universidad* (Bilbao, Desclée de Brouwer).
- [39] CASTELLS, M. (1997) *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol I. La sociedad red* (Madrid, Alianza Editorial).
- [40] HABERMAS, J. (1984) *Ciencia y técnica como ideología* (Madrid, Tecnos).
- [41] MACINTYRE, A. (1987) o. c.
- [42] LLANO, A. (2003) *Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo* (Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias).
- [43] GALBRAITH, J.K. (1982) *La era de la incertidumbre* (Madrid, Plaza y Janés).
- [44] MICINN (2010) o. c.
- [45] A día de hoy ya existen multinacionales norteamericanas que han creado, bajo el nombre de universidades,

sus propios centros de estudios para sus futuros empleados.

- [46] MAYORDOMO, A. (2003) El compromiso social y cívico de la universidad española. Una revisión histórica, **revista española de pedagogía**, 226:3, septiembre-diciembre, pp. 415-437. MARTÍNEZ, M. (ed.) (2008) *Aprendizaje, servicio y responsabilidad social de las universidades* (Madrid, Octaedro).
- [47] Recordemos que una de las intenciones pedagógicas de las nuevas propuestas de formación universitaria es aumentar la cantidad de horas de trabajo personal y autónomo del estudiante.

Resumen:

Quo Vadis, formación universitaria

Desde que en 1999 se firmara la Declaración de Bolonia, si no antes, la formación universitaria está siendo objeto de un intenso debate. Salvando las particularidades, por un lado nos encontramos con una manera de pensar en la formación universitaria que no quiere renunciar a su pasado así como así, que centra su mirada en lo humanístico y cultural, en la excelencia humana; por otro lado, nos encontramos con un discurso que defiende una formación universitaria adaptada a los tiempos que corren, una formación profesional eficaz y eficiente. Ambas concepciones tienen sus bondades, pero también presentan ciertas debilidades, y lo que es más importante, ninguna de ellas parece ofrecer una explicación completa de la formación universitaria que demanda la posmodernidad. ¿Se podría encontrar una concepción que se situara en un punto medio entre ambas? El presente trabajo se dedica a ofrecer una respuesta posible a dicha pregunta.

Descriptores: Formación universitaria; Paradigma clásico; Paradigma progresista; EEES; Posmodernidad.

Summary:

Quo Vadis, Higher Education

Ever since the run-up to the Bologna Declaration in 1999, higher education has been the subject of intense debate. Roughly speaking, there are two opposing views: whilst some advocate a higher education system that preserves its traditional focuses on humanistic and cultural excellence, others favour a higher education system geared at effectively and efficiently producing professionals well prepared to function in modern society. Both views feature strengths and weaknesses. Meanwhile, neither on its own is able to sustain a model of higher education suited to post-modern times. We propose an alternative conception of post-modern higher education which combines aspects from each of these views, and overcomes some of their weaknesses.

Key Words: Classic Paradigm; Higher education; Post-modern times; EHEA; progressive paradigm.

